

CAPITULO LXIII.

Lo que habia pasado en Haiti.



ATALINA, ó Flor de Palma, como la hemos llamado, con aquellas de sus compañeras que pudieron salvarse de la persecucion de los marineros, llegó al sitio donde estaba la luz y allí encontró á Guacanajari que la esperaba.

Hechas las paces con Caonabo, dominado por los butios, Guacanajari no tenia más remedio que faltar á los juramentos que habia hecho á Colon uniéndose á las demas tribus de la isla para oponer un formal obstáculo á los deseos de los extranjeros, vengar los ultrajes que les habian hecho, y sobre todo conseguir la realizacion del deseo que tanto de él como de los demas caciques se habia apoderado: poseer las embarcaciones de Colon, hacerse dueños de los caballos, de las aves, de los demas objetos que habian llevado á la isla.

Caonabo habia concebido la idea de destruir á los nuevos soldados de Colon, como habia destruido á los que ocupaban la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari con todos sus vasallos, al dejar abandonada á Marien, se refugió en el territorio de Caonabo, y presentando á Flor de Palma como la reina de Boriquen, la hizo su esposa y la confió á los cuidados y á la amistad de Anacaona, la reina de Xaragua, esposa del terrible cacique del Cibao.

Anacaona, cuyo nombre quiere decir *Flor de Oro*, era una

de las más hermosas indias, tan dulce y cariñosa en la paz, como valerosa y ardiente en la guerra.

Con sus cánticos inspirados entusiasmaba á los guerreros durante la batalla, y en las horas de descanso les referia los acontecimientos de su historia, las desgracias de su pueblo y la vida de sus reyes.

No ha habido un solo historiador de las cosas de América que no haya tratado con el mayor respeto y consideracion á esta mujer privilegiada.

Hermana de Boechio, trascurrieron sus primeros años en las orillas del lago de Xaragua, que comienza á dos leguas del mar, cerca de la ciudad de Maguana, y que en algunos sitios tiene más de tres leguas de ancho y diez y ocho de largo.

Aquella parte de Haiti era la más fértil, y se hallaba cubierta de aldeas y poblaciones las más civilizadas de la isla.

Todos los naturales de ella estaban bien formados.

Su color era moreno claro.

Sus ojos expresivos.

Su fisonomía risueña y cándida.

Sus cabellos eran negros.

Las mujeres llevaban la cabellera flotando al aire, y los hombres formaban con ella una especie de lazo encima de la cabeza.

Las mujeres casadas usaban una especie de túnica tejida con hilos de algodón, heniquen, coco, majagua, ó con plumas de ave, que cubria sus rodillas.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Ornaban su cabeza con piedras de color, láminas de oro y plumas de guaraguas, tocororos y águilas blancas.

En aquel hermoso país se mecían en las ramas de los árboles el zinzontle, el ruseñor y el tomegin, pequeño pájaro de verde color con collar amarillo.

Todo era encantador en aquellas regiones.

En los primeros albores de su juventud se habia visto Anacaona aclamada como reina por los habitantes de aquella comarca.

Los caribes habian invadido, como tenian de costumbre, aquella parte de su isla.

El padre de Anacaona con sus guerreros habia salido á su encuentro.

La batalla habia sido muy terrible.

El rey habia caido herido al golpe de una flecha envenenada.

En sus últimos momentos, Caonabo, jefe de los caribes, que habia visto á Anacaona y se habia prendado de su hermosura, le pidió su bendicion para hacerla su esposa y le ofreció quedar al frente de las tribus de Xaragua, luchar contra sus propios hermanos para defenderlas y hacer la felicidad de Anacaona.

El anciano caudillo mandó llamar á su hija.

Al distinguirla cerca de sí, le tendió sus temblorosas manos, y con voz moribunda:

— Anacaona, le dijo, voy á morir. Antes de que el sol esconda su frente en el ocaso habrás quedado huérfana y serás cacique del Cibao; pero al morir dejo á tu lado un protector.

Caonabo, el valiente caudillo de los caribes, prendado de tu hermosura aspira á ser tu esposo y yo bendigo vuestra union.

El te defenderá y defenderá á tus vasallos de sus enemigos.

Ven, hija mia, ven; que pueda unir tu mano á la suya ántes de exhalar el último suspiro.

El anciano unió las manos del guerrero y de Anacaona.

La muerte puso su helado dedo sobre la frente del anciano, y ante su misma tumba fueron unidos Caonabo y Anacaona.

Las invasiones de los caribes cesaron, la paz reinó en Hai-

ti, y Guacanajari, rey de los reyes, sintió un inmenso afecto hácia su gran cacique Caonabo porque habia llevado el ramo de oliva á su territorio.

Del uno al otro confin de la isla reinaba la alegría en todos los hogares.

Entregados á la molicie los indios veian resbalar las apacibles horas de su vida, regalados siempre con sabrosos frutos por la naturaleza y consagrados á sus ceremonias religiosas y á sus alegres danzas.

La llegada de los europeos les pareció al pronto el complemento de su felicidad.

No habia duda: aquellos hombres que bajaban del cielo á visitarlos aumentaban su ventura con los ricos presentes que les ofrecian; con las preciosos y nuevas dádivas que les habian hecho.

Pero bien pronto conocieron todos los caciques, excepto su rey Guacanajari, que no eran, que no podian ser enviados del cielo aquellos hombres que se apoderaban de su oro, que mancillaban su hogar y asesinaban á sus hermanos.

Caonabo fué el primero que resolvió tomar venganza de ellos, exterminarlos, y ya hemos visto lo que habia conseguido.

Guacanajari, sin embargo, ménos desconfiado que el cacique, quiso cumplir el juramento que habia hecho á Colon, y por la primera vez entónces estalló la guerra civil en el seno de la isla.

¡Caonabo y Guacanajari luchando por los españoles!

¡Quién lo hubiera creído!

¡Los dos amigos, los dos hermanos!

Esta consideracion aumentaba la ira de Caonabo.

Su indignacion, su encono, produjo el exterminio de la fortaleza de la Navidad, la hecatombe de los españoles que en ella se albergaban.

Pero aún no estaba satisfecho.

Alonso Velez, que con sus malas artes había logrado la protección de Caonabo, le había dicho:

—«No te duermas sobre tus laureles. En breve volverán de lejanos países los enviados de los reyes de España con numerosas embarcaciones, muchos soldados y máquinas de guerra; su objeto no es otro que apoderarse de la isla y convertirnos en esclavos suyos.

«No contentos aún nos arrebatarán todo el oro que en sus entrañas encierran las montañas del Cibao, y cuando hayan saqueado el país y hayan convertido en escombros sus casas y en cenizas sus bosques, os abandonarán para siempre hasta que perezcais sobre las ruinas, llevando al cuello el dogal de la esclavitud.»

Caonabo había dado crédito á este vaticinio y había tomado sus medidas para que en toda la extensión de la costa hubiera espías que acechasen la llegada de las embarcaciones europeas y le diesen aviso.

Al mismo tiempo había convocado á todos sus compatriotas, les había comunicado los proyectos que Alonso Velez atribuía á los suyos, había encendido en su pecho la sed de venganza y aguardaba con febril ansiedad la hora del combate.

En vano procuraba Anacaona apaciguar su inquietud.

En vano Iguanamota, su amada hija, rodeaba el nervudo cuello de su padre con sus brazos.

—El extranjero vuelve, gritaron los espías llegando á su encuentro.

Caonabo supo que Guacanajari le había dispensado una benévola acogida; que había ido á visitar sus buques, y que estaba resuelto á defenderlos de Caonabo y de los demás caciques.

Entonces fué cuando, en presencia de Anacaona, llamando

en torno suyo á Boechio, á Guarionex y Gayacoa, les habló del inmenso peligro que corría su libertad y de la necesidad que tenían de sacrificar su vida, si era preciso, en defensa de su patria.

—Guacanajari es nuestro mayor enemigo, añadió, ampara á los europeos, y en prueba de su amistad luchará con nosotros. Que Vagoniana nos perdone.

—Es imposible, exclamó Anacaona; es imposible que vuelva á regar las llanuras de Haiti la sangre de los indios vertida por las flechas de nuestros hermanos.

Tu flecha, Caonabo, ha herido ya á tu rey; podrias matarle, y el que atenta á los herederos de Vagoniana es maldito.

Antes de luchar con Guacanajari ofrecedle la paz, advertirle el peligro que corre, disipad de sus ojos las tinieblas que le rodean. Que conozca la verdad y se colocará á vuestro lado.

—No abrigo otro deseo, dijo Caonabo, pero con sus condescendencias y sus bondades está fraguando la cadena de nuestra esclavitud.

En aquel mismo momento enviaron los caciques coligados un emisario.

Ainaibac, el gran butio de Guacanajari, fué encargado de inculcar en el ánimo del rey de Haiti la verdad, predisponiéndole á la paz.

Lo que entonces pasó, ya lo saben mis lectores.

Con las declaraciones del butio coincidieron las revelaciones que Flor de Palma hizo á Guacanajari.

Coincidió también el deseo que concibió el monarca de hacer su esposa á la destronada reina de Boriquen.

Guacanajari dejó de ser leal á Colon.

Abandonó á Marien dispuesto á reforzar con sus vasallos las huestes de sus caciques, y á defender á toda costa la independencia de su isla.

Flor de Palma se habia apoderado de su corazon y habia sembrado en él el sentimiento de la venganza.

Unidos todos los haitianos, resueltos á destruir á los europeos, Boechio y Guarionex, más cautos y ménos impetuosos que Caonabo, convinieron en que más que ir á buscar á los españoles, en que más que ir á combatirlos á la colonia que habian fundado, les convenia tenderles un lazo, mostrarse pacíficos y benévolos con ellos, dejarlos recorrer libremente los departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas, cuando se creyeran solos y dueños del terreno cayeran sobre ellos como la tempestad.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiracion cuando Alonso Velez, su cómplice y espía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron á anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

Ya no habia duda.

Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos, acecharlos y exterminarlos pronto. Miéntras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su afliccion en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenian que contener los ímpetus de Caonabo y Guayacoa, y éstos á su vez dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatex, jefe de los ciguayos, que ardía en deseos de dirigir sus flechas, impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba.

¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra vírgen, de las pasiones de los hombres!

CAPITULO LXIV.

Nuevos apuros.



LA narracion de Alonso Velez en su primera parte, es decir, en lo relativo á los usos y costumbres de los indios, habia interesado vivamente á los españoles; en gracia de aquellas noticias le perdonaban su traicion.

Pero las últimas, las que se referian á la actitud belicosa de los indios, por más que todos fuesen valerosos, al contarse, al ver el reducido número de hombres que formaban y la deplorable situacion en que vivian, no podian ménos de entrever su tumba al final de aquella arriesgada expedicion.

Colon, que aún no tenia entera confianza en los propósitos de Alonso Velez, despues de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle así en observacion; y temeroso de que pudiera descubrir la verdad, vigiló muy de cerca á Isabel, mandándola terminantemente, que hasta que dispusiera su regreso á España no volviese á ver á su marido.

En vista de la difícil posicion en que se hallaba respecto de los indios, y lo que era peor, respecto de los españoles, para salvar las dificultades se vió obligado á tomar medidas extraordinarias.

Nada más fértil que aquella tierra que rodeaba la colonia de la Isabela.